

EL ORADOR.

A MARCO BRUTO.

EL ORADOR.

Á MARCO BRUTO.

Mucho he dudado, Bruto, si era más difícil negarte lo que tantas veces me pediste ó hacer lo que me rogabas. El negarme á quien tanto quiero y que tanto me ama, especialmente en una peticion tan justa, me era muy duro, y el tomar á mi cargo una cosa tan importante que no sólo era difícil conseguir, sino abarcar con el pensamiento, me parecia digno de incurrir en la reprension de los varones doctos y prudentes. Habiendo entre los buenos oradores tanta semejanza, ¿quién podrá juzgar cuál es el mejor estilo y manera de decir? Pero ya que tanto me lo ruegas, lo intentaré, no con la esperanza de llevarlo á cabo, sino con la voluntad de probarlo. Más quiero que me acuses de falta de prudencia porque he accedido á tus deseos, que de falta de benevolencia porque no lo he hecho.

Muchas veces me has preguntado qué género de elocuencia me agrada más y cuál me parece el más perfecto y acabado, en términos que nada pueda añadirse. Pero temo que si hago lo que deseas, y trazo la imágen del orador que buscas, retarde los estudios de muchos que, perdiendo toda esperanza, no querrán intentar lo que des-

conflan de poder conseguir Pero necesario es que lo prueben todo los que se arrojan á grandes y difíciles empresas Y si á alguno le faltare disposicion natural ó condiciones de ingenio, ó estuviere poco instruido en las artes liberales, siga, no obstante la carrera, hasta donde pueda Aunque siempre se desea el primer lugar, no es vergonzoso quedarse en el segundo ó en el tercero Entre los poetas (limitándome ahora á los griegos), no sólo hay lugar para Homero, para Arquiloco, Sófocles ó Píndaro, sino para los segundos despues de éstos, y aún para los inferiores despues de los segundos Ni á Aristóteles le apartó de escribir de filosofia el ámplio estilo de Platon, ni el mismo Aristóteles, á pesar de su admirable ciencia y riqueza de conocimientos, atajó los estudios de los que vinieron despues

Y no sólo acontece esto en las más altas especulaciones y en las artes superiores, sino que lo mismo sucede con los artífices, aunque no logren imitar la hermosura del Taliso de Rodas ó de la Vénus de Cos Ni el simulacro de Júpiter Olímpico, ni la estatua del Doriforo, fueron parte á que otros dejasen de probar hasta dónde podrian llegar sus fuerzas, y hubo tantos escultores, y de tanto mérito cada uno en su género, que admirando lo perfecto, no dejamos por eso de aplaudir lo inferior De los oradores griegos es de admirar cuánto sobresale uno entre todos los restantes Este es Demóstenes; pero ántes de el hubo muchos é ilustres oradores, y despues tampoco faltaron No hay razon para que se pierda la esperanza ó para que desmayen en el trabajo los que se han dedicado al estudio de la elocuencia. Ni ha de desesperarse de la perfeccion misma, por que en casos tan difíciles, todavía es buen lugar el que está cerca del primero Yo me propongo hacer un orador como quizá no le hubo nunca; no busco el orador que ha existido, sino la idea de la perfeccion suma, que no sé si se ha logrado todavía en el conjunto del discurso, por más que

brille en algunas partes con más ó ménos frecuencia ó rareza. Creo que nada hay tan hermoso en ningun género que no ceda su hermosura á aquella idea de que es imágen y que no puede percibirse ni por los ojos, ni por los oídos, ni por ningun sentido, sino sólo por el pensamiento y la inteligencia. Todavía podemos concebir estatuas más perfectas que las de Fidias, aunque sean éstas las más acabadas que en su género hemos visto, y pinturas más hermosas que las que nombré ántes.

Y por eso aquel artífice, cuando hacía la estatua de Jove ó de Minerva, no contemplaba ningun modelo del cual tomase la semejanza, sino que habitaba en su mente un admirable dechado de perfeccion, á cuya semejanza, y sin apartar de ella los ojos, dirigia su arte y su mano.

Así como en las formas y en las figuras hay algo perfecto y excelente que sirve de regla para imitar y juzgar los objetos visibles, así llevamos en la mente la idea de la perfecta elocuencia, y con los oídos buscamos su imágen. A estas formas de las cosas llama *ideas* aquel sapientísimo autor y maestro no sólo de filosofía, sino de elocuencia, Platon, y dice que nunca nacen, y que son eternas y están contenidas en la razon y en la inteligencia, y que todo lo demás nace, muere, corre, se desliza y nunca permanece en el mismo ser y estado. Cualquiera que sea la materia de que se dispute, ha de referirse siempre á la última forma y especie de su género. Pero veo que este preámbulo mio no está tomado de las disputas oratorias, sino de lo más hondo de la filosofía, y tanto por antigua como por oscura ha de merecer reprehension ó á lo ménos admiracion de parte de muchos. Se admirarían algunos diciendo que esto no pertenece al asunto de que tratamos, pero ya les desengañará la cosa misma, y comprenderán por qué hemos traído de tan léjos el principio. Otros nos reprenderán porque abrimos inusitadas vias y dejamos las comunes y trilladas. Yo, sin embargo, creo decir cosas

nuevas cuando repito las antiguas y ya desconocidas para muchos, y confieso que como orador (si es que lo soy), y sea cualquiera el valor de mi oratoria, no he salido de las oficinas de los retóricos, sino de los jardines de la Academia

En todo lo que allí se dice se ve todavía impresa la huella de Platon; su doctrina y la de los demas filósofos inflaman y ayudan mucho al orador Ellos agotaron, digámoslo así, toda la riqueza y descuajaron toda la selva oratoria; pero dejaron las causas forenses para musas más agrestes y ménos cultas, como ellos mismos solian decir Así la elocuencia forense, despreciada y repudiada por los filósofos, careció de muchos y grandes auxilios, mas con el ornato de palabras y sentencias logró aplausos entre el pueblo y no temió el juicio y reprension de unos pocos Así á los doctos faltó la elocuencia popular, y á los discretos la elegante doctrina

Establezcamos ante todo (y esto se entenderá mejor despues) que sin la filosofía nadie puede ser elocuente, no porque en la filosofía se encuentre todo, sino porque ayuda al orador como la palestra al histrion, si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes Sin la filosofía, nadie puede discurrir ni hablar de grandes y variadas cosas con extension y abundancia

Por eso en el *Fedro* de Platon dice Sócrates que Pericles aventajó á los demas oradores, por haber sido oyente del físico Anaxágoras, del cual aprendió muchas y excelentes cosas, y en cuya escuela adquirió riqueza, fecundidad y buen gusto en el estilo, lo cual es el principal mérito de la elocuencia, y el arte de atraer los ánimos á donde queria

Lo mismo puede decirse de Demóstenes, pues vemos por sus epístolas que fué asiduo discípulo de Platon Y en verdad que sin la ciencia de los filósofos no podemos distinguir el género y la especie de cada cosa, ni definirla, ni

dividirla, ni separar lo verdadero de lo falso, ni rechazar lo inconsecuente, repugnante y ambiguo ¿Y qué diré del estudio de la naturaleza, que tantos tesoros proporciona al discurso? ¿Qué puede saberse de la vida, de los deberes, de la virtud, de las costumbres, sin un grande estudio de la filosofía?

A todo esto se han de añadir innumerables ornatos de diction, que ántes enseñaban sólo los filósofos De aquí que nadie consiga la verdadera y absoluta elocuencia, por que una es la ciencia del razonar y otra la del bien decir, y unos buscan la doctrina de las cosas y otros la de las palabras Así Marco Antonio, á quien nuestros padres concedieron la palma de la elocuencia, varon de ingenio muy agudo y prudente, dícenos en el único libro que nos dejó, que habia visto muchos oradores *disertos*, pero ninguno elocuente Y es que habia en su entendimiento un modelo de elocuencia que veia con los ojos del alma, pero no en el mundo real

Aquel varon de tan extremado ingenio echaba de ménos muchas cualidades en sí y en los otros, y no veia á nadie á quien con justicia pudiera llamar elocuente Y si no se tuvo por elocuente á sí propio, ni tuvo á Lucio Craso, es porque habia concebido una forma de la elocuencia á la cual nada faltaba y en la cual no podia incluir á los que carecian de alguna ó de muchas cualidades Investiguemos, pues, Bruto, quién era ese orador que nunca vió Antonio, y que quizá no existió nunca, y si no podemos imitarle y expresar su imágen, por que esto, segun él decia, solo á Dios está concedido, podremos decir á lo ménos cómo debe ser este orador perfecto Tres son los principales estilos, y en cada uno de ellos han florecido insignes oradores; pero muy pocos han descolado por igual en todos, que es lo que buscamos Ha habido oradores grandilocuentes, fogosos, variados, graves, ricos y majestuosos en las palabras, hábiles para conmover y arrastrar los án-

mos, otros, dentro del mismo estilo, han sido ásperos, tristes, hórridos, y sin correccion ni acabamiento, otros, en el estilo sencillo se han mostrado agudos, lúcidos, más atentos á la claridad que á la magnificencia, limados, sutiles y tersos en el estilo Y, por el contrario, en el mismo género donde ellos habian puesto gracia, viveza y sencillos ornatos, otros han sido incultos, aunque hábiles, y han querido de intento hablar como la gente ruda é imperita

Hay un estilo medio y templado, que no tiene la agudeza del segundo ni los rayos del primero, sino que participa de los dos, ó más bien, si buscamos lo cierto, difiere mucho de uno y otro Unas veces fluye apaciblemente mostrando sólo facilidad y llaneza, otras veces añade á la oracion ligeros adornos de palabras y sentencias Los que en cada uno de estos géneros han conseguido la perfeccion, tienen gran fama entre los oradores Investiguemos ahora si han logrado lo que deseaban

Vemos á algunos que han sabido hablar con ornato y majestad, y al mismo tiempo aguda y sutilmente ¡Ojalá que entre los Latinos pudiésemos encontrar este género de oradores! Gran cosa sería no tener que buscar ejemplos extraños, sino contentarnos con los propios Però yo, que en el diálogo *Bruto* he concedido tanto á los Latinos, ya por amor á los nuestros, ya por alentarlos, me acuerdo que sobre todas pongo á Demóstenes, por haber sabido acomodar su elocuencia á la idea de perfeccion que yo tengo, y á la que en otros he visto y conocido Nunca ha habido ninguno más grave, ni más ingenioso, ni más templado Y por eso debo advertir á los que por el desaliño de su estilo quieren ser llamados áticos, ó pretenden hablar áticamente, que admiren este dechado de perfeccion, el cual fué más ático que la misma Atenas Aprendan en él lo que es estilo ático, y midan la elocuencia por las fuerzas de Demóstenes, y no por su propia debilidad Ahora

cada uno alaba tan sólo lo que tiene esperanza de poder imitar. Sin embargo, no juzgo inoportuno para los que tienen grande estudio, pero juicio poco firme, explicar en qué consiste el mérito propio de los áticos.

Siempre fué norma del estilo de los oradores la cultura de los oyentes. Todos los que quieren ser alabados, tienen en cuenta la voluntad del auditorio, y á ella y á su arbitrio y gusto lo amoldan todo. Así la Caria, la Frigia y la Misia, por ser ménos cultas y elegantes, adoptaron cierto género de dición abundante, aunque pingüe y craso, el cual nunca aceptaron sus vecinos los Rodios (separados de ellos por tan poco espacio de mar), ni los Griegos mucho ménos, y que los Atenienses rechazaron del todo, porque su recto y seguro criterio no les permitía oír nada que no fuera elegante y severo. Esclavo de este respeto el orador, no se atrevía á usar ninguna palabra insolente ni odiosa.

Por eso aquel de quien decimos que se aventajó á todos los restantes, en su admirable discurso en defensa de Tesifon empieza en tono muy sencillo, despues se va animando al hablar de las leyes, y finalmente, cuando ve á los jueces conmovidos, procede con ardorosa elocuencia. Y sin embargo, en este mismo orador que pesaba tan bien el valor de todas las palabras, reprende y censura Esquines algunas cosas, y las tiene por duras é intolerables. Y al llamarle bestia, parece dudar si aquellas palabras son monstruosas, de suerte que, en concepto de Esquines, ni el mismo Demóstenes fué verdaderamente ático. Fácil es notar alguna palabra demasiado vehemente (digámoslo así) y burlarse de ella cuando ya está apagado el incendio en los ánimos. ¿De qué modo se hubiera tolerado en Atenas á un Misio ó á un Frigio, cuando hallaban que reprender en el mismo Demóstenes? ¿Quién hubiera podido sufrir al que comenzase á hablar á la manera de los asiáticos, con voz indignada y aullante?

Han de llamarse, pues, áticos los que en el decir se acomodan á los oídos severos y ejercitados de los Áticos. Y hay muchos géneros de aticismo, aunque éstos imitadores sólo saben la existencia de uno. Se equivocan en creer que es solo no se equivocan en creer que es ático. A juicio de éstos, si solo el estilo que ellos ensalzan fuese ático, no lo hubiera sido el mismo Pericles, á quien sin controversia otorgaban todos la primacía. Si se hubiera contentado con el estilo sencillo, nunca hubiera podido decir de él el poeta Aristófanes que tronaba, relampagueaba y confundía la Grecia. Sea en buen hora ático el elegante y cultísimo Lisias. ¿Quién lo puede negar? Pero entendemos que el aticismo de Lisias no consiste en ser sencillo y poco adornado, sino en no tener palabra alguna desusada ó impropia. El hablar con ornato, majestad y abundancia será también ático, ó no lo serán ni Esquines ni Demóstenes.

Algunos hay que se dicen imitadores de Tucídides nuevo é inaudito género de ignorancia, porque al menos los que siguen á Lisias, siguen á un abogado, no por cierto arrebatado ni grandilocuente, sino elegante y agudo, y tal que en las causas forenses puede ser buen modelo. Pero Tucídides narra las batallas y demás hechos militares y políticos con admirable estilo ciertamente, pero que ninguna aplicación tiene á la práctica forense ó al juicio público. Sus mismos discursos tienen muchas sentencias oscuras y recónditas que apenas se entienden, lo cual es vicio grande en un orador civil. ¿No sería un absurdo en los hombres que, después de inventado el alimento, comiesen todavía bellotas? ¿Pudo perfeccionarse el alimento, y no habrían podido los Atenienses perfeccionar el discurso? ¿Quién de los retóricos griegos aprendió nada de Tucídides? Y sin embargo le alaban todos, lo confieso, pero le alaban como expositor prudente, severo y grave de las cosas, no como orador judicial, sino como narrador de historias y de guerras. Por eso ni aún le cuen-

tan en el número de los oradores. No quiero decir con esto que su nombre no viviría aunque no hubiese escrito historia, porque siempre hubiera sido notable y celebrado personaje. Nadie imita su gravedad de palabras y sentencias, pero hay algunos que apenas han dicho cuatro frases mutiladas é incoherentes, como pudieran hacerlo sin maestro, ya se creen hermanos de Tucídides. No falta asimismo quien pretenda imitar á Jenofonte, cuyo estilo es más dulce que la miel, pero muy apartado del estrépito forense. Volvamos á la materia empezada, y hablemos de esa elocuencia perfecta que en nadie pudo encontrar Antonio.

Obra grande y difícil acometemos, Bruto; pero nada hay difícil para el amor que tengo y tuve siempre á tu ingenio, estudios y costumbres.

Cada día me enciendo más, no sólo en el deseo de verte y disfrutar de tu doctísima conversacion, sino también con la admirable fama de tus increíbles virtudes, que, diversas en especie, se unen con el lazo de la prudencia. ¿Qué cosas hay más apartadas entre sí que la severidad y la cortesanía? ¿Y quién es á la vez más severo y más dulce que tú? ¿Qué cosa hay más difícil que ser amado por todos cuando se juzgan controversias de muchos? Y tú consigues dejar contentos á los mismos contra quienes sentencias. De suerte que, no haciendo nada por gracia, resulta agradable todo lo que haces. Por eso de todas las tierras sólo la Galia es la que no participa hoy del comun incendio.

¿Y cuánto no es de estimar el que, en medio de las mayores ocupaciones, nunca interrumpes los estudios y siempre escribes algo ó me convidas á escribir?

Por eso he comenzado este libro apenas acabé la defensa de Catón, la cual nunca hubiera emprendido por ser estos tiempos tan enemigos de la virtud, si tú no me hubieras exhortado y su sagrada memoria no me diera voces, pareciéndome nefando desoirlos. Pero testifico que, á rue-

gos tuyos y contra mi voluntad, me he arrojado á escribir esto. Quiero compartir contigo este crimen, para que, si no puedo defenderme de la acusacion, sea tuya la culpa de haberme impuesto tan pesada carga, mia la de haberla aceptado.

Así podré disculpar el error de mi juicio con el mérito de haberme dado tú este encargo.

En todas las cosas es muy difícil exponer la forma, ó como dicen los Griegos, el carácter de lo perfecto, porque á unos les parece perfecta una cosa y á otros otra. A mí me deleita Ennio, dice uno, porque no se aparta del comun modo de hablar, á mí Pacuvio, responde otro, porque todos sus versos son cultos y bien trabajados, al paso que el otro tiene muchas negligencias. Otros preferirán á Accio, porque los juicios son varios, lo mismo entre los bárbaros que entre los Griegos, ni es fácil explicar cuál es la mejor de las formas. En la pintura, á unos agrada lo horrible, inculto y opaco, á otros lo terso, alegre y brillante. ¿Cómo se ha de encontrar un precepto ó una fórmula comun, cuando cada uno es excelente en su género, y los géneros son tantos? Este temor no me ha retraido, sin embargo, de mi intento, porque creo que en todas las cosas hay un grado de perfeccion aunque esté oculto, y que de él puede juzgar todo el que sea inteligente.

Pero como son tantos y tan diversos los géneros del discurso, y no se pueden reducir todos á una forma, prescindí ahora de las alabanzas y vituperios, de las suasorias y de otros escritos semejantes. Vg., del Panegirico de Isócrates y otras muchas obras de los sofistas, y de todos los demas géneros que nada tienen que ver con la controversia forense, por ejemplo, el que los Griegos llaman epidíctico, que sirve sólo para la recreacion y deleite. Y no prescindo de estos géneros porque sean despreciables, ántes creo que con ellos puede educarse el orador que vamos formando.

Así adquirirá copia de palabras y se ejercitará en su construcción, y podrá usar con más libertad del número y ritmo. Allí se permite más la excesiva sutileza en las sentencias y se concede mayor artificio en las palabras, y este artificio no oculto y disimulado, sino claro y patente, de suerte que las palabras respondan unas á otras, y peleen entre sí, y terminen de igual modo y con el mismo sonido los extremos de la cláusula; todo lo cual, en una causa verdadera hacemos más rara vez y con más disimulo. Isócrates confiesa haber buscado de intento esa armonía en el *Panatenaico*, porque no había escrito para convencer á los jueces, sino para deleitar los oídos.

Dicen que en tratar esto fueron los primeros Trasímaco Calcedonio y Gorgias Leontino, y después Teodoro de Bizancio y muchos otros, á quienes Sócrates en el *Fedro* llama *logodédalos*: en todos los cuales hay muchas cosas agudas, pero demasiado pueriles, afectadas y que parecen versecillos. Por eso son más admirables Herodoto y Tucídides, que habiendo florecido al mismo tiempo que los ántes nombrados, distan tanto de esas delicias, ó mejor dicho, ¡inepcias! El uno fluye como un río tranquilo y sin ningún tropiezo, el otro es más arrebatado, y entona, digámoslo así, un canto guerrero en ambos, como dice Teofrasto, fueron los primeros en dar brío á la historia y hacerla más copiosa y elocuente que la habían hecho los anteriores.

Sucedió á éstos Isócrates, á quien entre todos los de su género me habrás oído elogiar siempre, no sin alguna repugnancia tuya, Bruto, pero fijate bien en lo que de él alabo. Pareciéndole demasiado concisos Trasímaco y Gorgias, que fueron los primeros en enlazar con algunas palabras, y encontrando á Tucídides harto duro y no bastante rotundo, digámoslo así, fué el primero en dilatar y henchir con palabras y blando número las sentencias. Y habiendo instruido á los que, parte en el decir, parte en el escribir, sobresalieron, su casa fué considerada como un

oficina de elocuencia Y así como yo, cuando nuestro Cæton me alababa, sufría con paciencia que los demás me reprendiesen, así parece que Isócrates, contento con el aplauso de Platon, despreciaba el juicio de todos los restantes Acuérdate de lo que en la última página del *Fedro* dice Sócrates «Oh Fedro, todavía es jóven Isócrates, pero quiero decirte lo que de él auguro Su ingenio me parece mayor que el que resplandece en las oraciones de Lisias Su propension á la virtud es todavía mayor, y no será de admirar que, adelantando en años, venza en el mismo género á que ahora se dedica, no sólo á los jóvenes, sino á todos los que alguna vez han compuesto discursos, ó si no se contenta con esto, arrebatado por un divino impulso, apetezca cosas todavía mayores En el entendimiento de este hombre hay una filosofía natural é ingénita » Esto predijo Sócrates de él, cuando todavía era jóven Esto escribió de él Platon, perpétuo enemigo de todos los retóricos, y lo escribió cuando ya Isócrates habia llegado á la vejez Los que no gustan de Isócrates, consiéntanme estar en compañía de Sócrates y de Platon

El estilo dulce, suelto y afuente, agudo en sentencias, resonante de palabras, es propio del género epidíctico y de los sofistas, más acomodado á la pompa que á la pelea, útil para el gimnasio y la palestra, pero excluido del foro Mas como la elocuencia educada con este alimento va tomando despues color y fuerza, no me ha parecido inoportuno tratar de estas niñeces del orador Esto por lo que toca á los juegos y á la pompa: vengamos ahora á la lid y á la batalla

Dijimos que en el orador habia que considerar tres cosas: lo que dice, cómo lo dice, y cuándo Expliquemos cuál es lo más excelente en cada género, pero de manera algo diversa de como suele enseñarse en los tratados del arte No pondré ningun precepto, ni es este mi propósito, pero declararé la idea y forma de la más excelente elocuencia,

sin decir cómo se adquiere, sino cómo la entiendo y concibo.

De los dos primeros puntos trataré con brevedad, porque propiamente no estriba en ellos la gloria del orador, aunque sean necesarios y comunes á muchos. La invención, y el escoger lo que se va á decir, es más propio de la prudencia que de la elocuencia. ¿Y en qué causa puede faltar la prudencia? Conozca, pues, el orador que ya suponemos perfectas las fuentes de los argumentos y razones. Porque en toda controversia ó disputa se pregunta *si es*, ó *qué es*, ó *cómo es*. A la pregunta *si es*, se responde con los signos, á la pregunta *qué es*, con las definiciones, y á la de *cómo es*, con las calificaciones de bueno ó malo, para usar de las cuales, debe el orador, (no el vulgar, sino el excelente) no reducir, siempre que pueda, la controversia á particulares personas y tiempos. Más ancho campo ofrece el disputar sobre el género que sobre la parte, y lo que se prueba en general queda probado en particular. Esta cuestión particular, reducida á general, se llama tésis. En esta ejercitaba Aristóteles á los jóvenes, no disertando asiduamente al modo de los filósofos, sino defendiendo entrambas partes con ornato y abundancia, y él mismo indicó ciertos lugares ó notas de los argumentos para defender una y otra parte.

Fácilmente podrá nuestro orador, que no ha de ser ningún declamador de escuela ni rábula de foro, sino el más docto y perfecto de los oradores posibles, recorrer todos los lugares comunes, usarlos oportunamente, y aprender de dónde emanan. No prodigará toda esta riqueza, sino que hará uso de ella con elección y parsimonia, porque no siempre y en todas las causas convienen los mismos argumentos. El juicio dirigirá, no sólo la intención, sino también la elección. Nada hay más feíz que los ingenios, sobre todo cuando han recibido algún cultivo. Pero así como las mieses fecundas y ricas no sólo producen espi-

gas, sino tambien hierbas muy dañosas á la cosecha, así tambien de los argumentos hay que descartar muchas cosas pueriles, ó ajenas á la causa, ó inútiles en lo cual está el juicio y discrecion del orador. De otra suerte, ¿cómo ha de insistir en los argumentos que tienen realmente fuerza? ¿Cómo ha de suavizar lo duro ú ocultar lo que no puede destruir? ¿Cómo ha de conmover ó regir á su arbitrio los ánimos, ó presentar un argumento que parezca más probable que el más fuerte de los argumentos contrarios?

Y una vez hallado lo que va á decir, ¿cómo lo colocará? Porque este era el segundo punto de los tres. Espléndido vestíbulo y entrada para la causa es el apoderarse de los ánimos en la primera agresion, debilitando y destruyendo las pruebas contrarias, y colocando algunos de los argumentos más firmes al principio, otros al fin, é interpolados con ellos los más leves. Esto baste sobre las dos primeras partes. Ya he dicho que, aunque sean de grande importancia, requieren ménos arte y trabajo que la tercera. Una vez hallado lo que se va á decir, y cuándo, resta saber cómo se dice. Solia afirmar nuestro Carneades que Clitómaco decia siempre las mismas cosas, y que Cármadas las decia siempre del mismo modo. Y si en la filosofia, donde se atiende á las cosas y no á las palabras, importa tanto el modo de decir, ¿qué sucederá en las causas, donde todo consiste en las palabras?

Segun infiero de tus cartas, Bruto, lo que deseas saber de mí, no es á quién tengo por perfecto orador en la invencion y en la colocacion, sino qué género de oratoria me parece preferible. Cosa difícil, oh Dioses inmortales, por no decir la más difícil de todas. Pues siendo la palabra tan blanda y flexible que se la puede llevar á donde uno quiera, sin embargo, la variedad de costumbres y caracteres crearon muchos géneros y estilos diversos entre sí. Unos gustan del arrebatao vivo de las palabras, y

ponen en la rapidez el mérito de la elocuencia; á otros agradan los largos períodos y las dilatadas pausas ¿Qué cosas puede haber más distintas? Y, no obstante, cada una puede ser excelente en su género. Trabajan otros en un estilo llano é igual, y en un puro y cándido modo de decir. Algunos afectan dureza y severidad en las palabras, y dan á la oracion un aire de tristeza. En suma, la division que ántes hicimos del estilo, en grave, humilde y templado, es aplicable á los oradores, porque los hay de tantas clases, cuantos son los mismos estilos. Y ya que he comenzado á satisfacer ámpliamente lo que me pedias, pues preguntándome tú solamente de la elocucion, te he hablado además, aunque brevemente, de la invencion y de la disposicion, diré ahora algo de la accion, para que así no quede omitida ninguna parte, exceptuando la memoria, de la cual se habla en muchos tratados.

En la accion y en la elocucion estriba el modo de decir las cosas. Es la accion una cierta elocucion del cuerpo, como que consta de voz y movimiento. Las inflexiones de la voz son tantas como los afectos del ánimo. Por eso el perfecto orador, cuando quiera mostrarse apasionado y conmover el ánimo de los oyentes, escogerá un tono que responda bien á la pasion. De esto podria decir mucho si fuera ocasion ó tú me lo preguntaras. Diria tambien algo del gesto y del ademan. Es increíble cuánto importa el buen empleo de estos recursos al orador, hasta tal punto que los niños, por sólo el mérito de la accion, lograron muchas veces el fruto de la elocuencia, al paso que muchos oradores elocuentes parecieron niños, por faltarles el gesto y ademan, de suerte que no sin causa concedió Demóstenes el primero, segundo y tercer lugar á la accion. Sin accion no hay elocuencia; y la accion tiene por sí sola, y sin el auxilio de la palabra, extraordinaria fuerza. El que aspire, pues, á la perfeccion oratoria, diga con tono espantado y misterioso las cosas atroces, con voz blanda

doi de estilo sencillo, pero grande y legítimamente ático, porque todo lo que es agudo y gracioso en el discurso es propio de los áticos. Y no todos tienen la misma gracia: Lisias é Hipérides, bastante, Démades, más que los otros, Demóstenes pasa por inferior en esto, pero á mí nada me parece más gracioso que él, aunque tiene más de dicaz que de faceto. Lo primero requiere un ingenio más agudo, lo segundo, mayor arte.

Hay otro estilo algo más rico y robusto que éste de que venimos hablando, pero ménos espléndido que aquel de que hablaremos en seguida. Tiene éste segundo más elegancia que nervio, es más lleno que el primero, y ménos adornado y copioso que el tercero.

A este género convienen todos los adornos del estilo, y no es poca la elegancia que en esta forma del discurso cabe. En ella florecieron muchos oradores griegos, pero, á mi juicio, Demetrio Falereo se aventajó á los restantes. Su modo de decir es plácido y tranquilo, y á trechos le esmaltan, como estrellas, metáforas, sinécdoques y metonimias. Llamo metáforas á las traslaciones fundadas en la semejanza y nacidas ya de la necesidad, ya del agrado. En las sinécdoques y metonimias se usa, en vez de la palabra propia, otra que significa lo mismo, y que se toma de algo consiguiente. Lo cual, aunque sea traslación, es traslación de diverso género, vg, cuando dice Ennio: «dejas huérfana la ciudad y el alcázar,» donde el alcázar está tomado por la patria, ó cuando escribe «la horrible Africa se estremece con feroz tumulto:» aquí se toma el Africa por los Africanos.

A esta figura llaman los retóricos hypálage, porque en ella se sustituyen unas palabras á otras. Los gramáticos la apellidan metonimia, porque es una traslación de nombres.

Aristóteles incluye en la traslación la figura llamada catacrésis, que consiste en usar de palabras semejantes, vg, *menudo* por *pequeño*, ya por elegancia, ya por

griego *rhetor*, y en latin *elocuente* De todas las demas condiciones que en el orador hay, todos pueden reclamar alguna parte, pero solo á él se concede el lauro de la elocuencia, pues aunque algunos filósofos han escrito con elegancia, tanto que Teofrasto alcanzó por esto el renombre de divino, y Aristóteles reprendió al mismo Isócrates, y por la voz de Jenofonte dicen que hablaban las Musas, y Platon se aventajó en gravedad y elegancia á todos los que escribieron ó hablaban ántes que él, sin embargo, su discurso no tiene nervio ni aguijon oratorio ó forense Hablan con doctos, y quieren sosegar sus ánimos más bien que conmoverlos Hablan de cosas tranquilas y nada turbulentas, y hablan para enseñar, no para sorprender, y hasta cuando logran producir agrado, pareceles á algunos que han pasado los límites de su ciencia No es difícil distinguir esta elocuencia de la que ahora estamos explicando El estilo de los filósofos es sencillo y reposado; no tiene ni sentencias ni palabras populares, ni está sujeto á número, sino libre y suelto Nada tiene de airado, de envidioso, de atroz, de admirable ni de astuto es siempre casto, ruboroso, virgen, digámoslo así Más bien debe llamarse conversacion que discurso Porque aunque toda alocucion sea discurso, sólo á los del orador se aplica con propiedad este nombre

Hay que hacer excepcion de los sofistas, que usan las mismas flores que emplea el orador en las causas civiles Pero se diferencian en que su propósito no es perturbar los ánimos, sino entretenerlos no tanto persuadir como deleitar, y lo hacen con más frecuencia y más á las claras que los otros, buscan sentencias brillantes más que probables, se apartan muchas veces del asunto, mezclan fábulas, hacen traslaciones de palabras y las disponen á la manera que los pintores varian el color, y oponen antitéticamente las palabras, ó hacen que los períodos se correspondan en su cadencia

A este género se parece la historia, en la cual se narrá ó se describe con elegancia una region ó una batalla, se intercalan oraciones y exhortaciones, todo en estilo corriente y flúido, no vigoroso y encendido. La elocuencia que buscamos debe distinguirse de la historia poco ménos que de la poesía. Tambien los poetas han suscitado la cuestion de en qué se distinguen de los oradores. Antes la diferencia estaba en el número y en el verso, pero ya los oradores van haciendo gran caudal del número.

Todo lo que pueden medir los oídos, aunque no sea verso (porque esto en la prosa sería un vicio), se llama número, y entre los griegos *rhitmo*. Y por eso han creído algunos que la locucion de Platon y de Demócrito, aunque no sea verso, sin embargo, por el calor del estilo y por las lumbres y matices de palabra, debia ser tenida por un poema, con más razon que las obras de los poetas cómicos, entre los cuales, aparte de los versos, nada hay que difiera de la conversacion ordinaria. Es tanto más laudable que el poeta procure lograr los mismos efectos que el orador, cuanto que procede sujeto por las cadenas del metro.

Pero aunque sea magnífico y elocuente el estilo de los poetas, creo que tienen más libertad que nosotros para tomar y componer palabras, y que á veces atienden más al deleite de los oídos que á la sustancia de las cosas. Y aunque haya entre ellos y nosotros este punto de semejanza, es decir, el juicio y eleccion de las palabras, no por eso ha de negarse la desemejanza en otras cosas. En esto no cabe duda, y si alguna cuestion pudiera haber, el resolverla no es necesario para nuestro propósito. Separado, pues, el orador de la elocuencia de los filósofos, de los sofistas, de los historiadores y de los poetas, réstanos explicar cómo ha de ser.

Será elocuente, pues (ya que buscamos al orador perfecto siguiendo las huellas de Antonio) el que en el foro y en las causas civiles hable de tal manera que pruebe, de-

leite y cónvenza El probar es de necesidad, el deleitar de utilidad En el convencer está la victoria final de toda causa Cuantos son los oficios del orador, tantos son los modos de decir Sutil en el probar, templado en el deleitar, vehemente en el persuadir aquí está toda la fuerza del orador Grande ingenio, maravillosas facultades ha de tener el que modere y temple esta triple variedad Sólo él juzgará lo que es oportuno en cada circunstancia, y podrá hablar del modo más acomodado á la causa. El fundamento de la elocuencia es la sabiduría Así en la vida como en el discurso, nada es más difícil que atinar con lo que conviene Lláman á esto los griegos *πρᾶτον* nosotros podemos llamarle *decoro* Sobre él se han dado muchos preceptos, y es cosa muy digna de saberse Por ignorarle se peca á menudo, no sólo en la vida sino en los poemas y en el discurso Así en las sentencias, como en las palabras, ha de guiarse el orador por el decoro No toda fortuna, no todo honor y autoridad, no todo lugar, tiempo ú oyente, pueden ser tratados con el mismo género de palabras ó de sentencias, y siempre, y en toda parte del discurso, ha de guardarse el decoro de la persona que habla y de las que oyen Esta materia larga y variada suelen tratarla los filósofos en la moral (no cuando disputan de lo recto en sí, porque éste es uno solo), los gramáticos al tratar de la poesía, los oradores en todo género y parte de la causa ¡Cuán extraño no sería usar de expresiones magníficas y lugares comunes al hablar de una causa de *Stillicidio*, y por el contrario, tratar en humilde y sencilla frase de la majestad del pueblo romano! Esto en general

Algunos pecan por faltar á la consideracion debida á su propia persona ó á los jueces ó á los adversarios, que no sólo se peca en las cosas, sino en las palabras, pues aunque sin las cosas no tengan fuerza alguna las palabras, sin embargo una misma cosa suena mejor ó peor segun que se diga con unas ú otras expresiones En todo importa

mucho la moderacion: todo tiene su medida; pero ofende más lo mucho que lo poco. Por eso Apeles censuraba á algunos pintores que no observaban el justo medio. Gran materia es esta y que exigia un largo volúmen, pero que tú conoces perfectamente, oh Bruto.

A nuestro propósito baste con decir que este decoro que aplicamos á todos los hechos y palabras grandes y pequeñas no ha de confundirse en modo alguno con la conveniencia. Esta es una perfeccion que ha de buscarse siempre y en todo, al paso que el decoro es acomodado á tiempos y personas, y no sólo se advierte en las acciones, sino en las palabras, en el gesto, y ademán, y lo mismo la falta de decoro. Si el poeta huye, como del mayor defecto, de atribuir á un malvado el lenguaje de un hombre de bien, ó á un necio el de un sabio; si aquel pintor que representó el sacrificio de Ifigenia, despues de pintar triste á Cálcas, triste á Ulises, y más triste aún á Menelao, juzgó necesario ocultar la cabeza de Agamenon, por parecerle imposible imitar con el pincel tan gran duelo, y si el historion atiende tanto al decoro, ¿qué ha de hacer el orador? Siendo esto de tanta importancia, al orador toca ver lo que hace no sólo en el total de la causa, sino en cada una de sus partes, pues cada una exige ser tratada de distinto modo. Resta señalar las notas y caracteres de cada estilo. obra á la verdad grande y difícil, pero su dificultad debimos considerarla al principio. ahora que nos hemos hecho á la mar, dejémonos llevar por el viento que hincha nuestras velas.

Ante todo, hablemos del estilo que vulgarmente y por excelencia llaman ático. El humilde y sencillo imita el tono de la conversacion, y difiere más en realidad que en apariencia del lenguaje comun. Por eso, los que le oyen, aunque sean niños, se imaginan que tambien ellos podrían hablar de aquella manera. Y, sin embargo, nada hay más difícil de imitar. Aunque no tenga este estilo mucha san-

gre, ni gran nervio, ha de tener algun jugo é íntegra salud Ante todo, está libre de la esclavitud del ritmo

En cualquier otro género de oratoria tiene mucha importancia el número, en ésta, ninguno ha de ser suelto y libre, pero no vago y descuidado Tampoco ha de ponerse grande esfuerzo en el encadenamiento de las palabras Admite el hiato y concurso de vocales, que indica una no desagradable negligencia, como de hombre que se cuida más de las cosas que de las palabras Si tanta libertad hay en cuanto á la colocacion de las palabras, veamos cómo se ha de proceder en lo restante Cabe en las cosas pequeñas y menudas cierta negligencia elegante Así como á algunas mujeres les sienta bien la falta de adorno, así deleita á veces en este género de oraciones cierto aparente desaliño El arte no debe faltar nunca, pero ha de estar oculto Exclúyase todo aparato de joyas y piedras preciosas, exclúyase hasta el adorno del pelo y los afeites del rostro: siempre quedarán la elegancia y la limpieza Sea la lengua pura y latina, clara y llana no se olvide jamás el decoro Añádase á esto el que Teofrasto pone en cuarto lugar entre los méritos del discurso el ornato suave y afilante agudas y copiosas sentencias que esmalten inesperadamente el discurso Ha de ser moderado el uso de las figuras, ya de pensamiento, ya de palabra El ornato de las palabras es doble, segun que se las considere separadas ó en construccion Han de preferirse siempre las palabras propias y más usadas, que mejor suenen y más bien declaren el concepto Tambien pueden usarse las trasladadas ó tomadas de otra parte, ó prestadas ó forjadas de nuevo, ó arcaicas y desusadas Y de éstas las hay entre las propias, aunque rara vez las empleamos La colocacion de las palabras tiene por sí algun ornato, que desaparece en variando esas palabras, aunque la sentencia permanezca la misma Las elegancias de sentencia son muchas, pero las que sobresalen pocas Así, pues, el orador elegante y sen-

cillo no será audaz en la composicion de las palabras, y procederá con mucha moderacion en las traslaciones, en el empleo de voces arcáicas y en los demas ornamentos de palabras y sentencias. De las traslaciones hará uso más frecuente, porque á menudo se emplean, no sólo en el lenguaje urbano, sino en el de los rústicos. Así oimos decir á éstos *los campos tienen sed, las mieses están alegres, la vegetacion es lujosa*. Todas estas figuras pueden usarse sin tacha ni atrevimiento, cuando sea grande la semejanza de la cosa trasladada ó cuando ésta no tenga nombre propio, y la traslacion parezca hecha por causa de utilidad y no de placer. Aunque esta figura pueda emplearse en el estilo sencillo con alguna más libertad que las restantes, nunca tanto como en otro estilo y modo de decir más ámplio.

Por eso se nota una falta de decoro ó de conveniencia cuando la metáfora es traída de muy léjos y se pone en una oracion de género humilde lo que sólo convendría en otra de más elevado tono.

Tambien aquella elegancia que ilumina la colocacion de las palabras con las lumbres y matices llamados por los Griegos *schemas* (nombre que aplican tambien á las figuras de sentencia), cabe en el estilo sutil (que con propiedad llaman ático, aunque no es el solo estilo ático), pero cabe con moderacion. Porque en un convite, aunque se huya de la magnificencia, ha de mostrarse la elegancia unida á la sobriedad. Figuras hay que caben en el estilo templado de que venimos hablando. Claro es que ha de huirse de las antítesis y de las conclusiones semejantes y de las similicadencias y de las alteraciones de letras, para que no se vea demasiado claro el artificio y la intencion de hacer efecto. Tambien las repeticiones de palabras, cuando llevan consigo demasiado aire de disputa y clamor, deben excluirse de este género templado. Las demas figuras podrán usarse indistintamente, siempre que el encadenamiento de los períodos sea fácil y libre, y las pa-

labras muy usadas, y las traslaciones no violentas, y las figuras de sentencia no demasiado brillantes. No hará hablar á la república, ni resucitará los muertos, ni juntará ni acumulará los apóstrofes para hacer efecto. Todo esto ni ha de buscarse ni pedirse en el género de que vamos á hablar.

Nuestro orador ha de ser más humilde, así en la voz como en el discurso. Pero caben, aún en medio de esta sencillez de estilo, muchas de las figuras y recursos oratorios, con tal que se usen moderadamente. Añádase á esto una acción no trágica ni histriónica, en que sea mayor la expresión del rostro que el movimiento del cuerpo. Admite también este género algunas sales, que son de admirable efecto en el decir. Las hay de dos géneros *facecia* y *dicacidad*: una y otra puede usarse; la primera en las narraciones, la segunda para poner alguna cosa en ridículo. Los géneros son muchos, pero ahora no tratamos de eso.

Sólo advierto que el ridículo no ha de ser demasiado frecuente, para que no caiga en truhanesco ni obsceno, para que no parezca mímico ó petulante, para que no descubra mala intención, ni ha de recaer en calamidades, porque sería inhumano, ni en crímenes, para que la risa no ocupe el lugar del odio, ni ha de desdecir de la propia persona ó de la de los jueces, ó de la ocasión, porque todo esto sería indecoroso. Han de evitarse asimismo las interrogaciones, que, cuando no son espontáneas, sino preparadas en casa, casi siempre parecen frías. Respetarásela amistad y la dignidad, se desterrará del discurso toda afrenta y oprobio, sólo se perseguirá á los adversarios, y no á todos siempre y de la misma manera. Fuera de esto, pueden derramarse á manos llenas las sales y los chistes, lo cual yo no he visto hacer á ninguno de estos nuevos áticos, por más que sea muy propio del estilo ático.

Esta es, á mi entender, la forma que ha de elegir el ora-

doi de estilo sencillo, pero grande y legítimamente ático, porque todo lo que es agudo y gracioso en el discurso es propio de los áticos. Y no todos tienen la misma gracia: Lisias é Hipérides, bastante, Démades, más que los otros, Demóstenes pasa por inferior en esto, pero á mí nada me parece más gracioso que él, aunque tiene más de dicaz que de faceto. Lo primero requiere un ingenio más agudo, lo segundo, mayor arte.

Hay otro estilo algo más rico y robusto que éste de que venimos hablando, pero ménos espléndido que aquel de que hablaremos en seguida. Tiene éste segundo más elegancia que nervio, es más lleno que el primero, y ménos adornado y copioso que el tercero.

A este género convienen todos los adornos del estilo, y no es poca la elegancia que en esta forma del discurso cabe. En ella florecieron muchos oradores griegos, pero, á mi juicio, Demetrio Falereo se aventajó á los restantes. Su modo de decir es plácido y tranquilo, y á trechos le esmaltan, como estrellas, metáforas, sinécdoques y metonimias. Llamo metáforas á las traslaciones fundadas en la semejanza y nacidas ya de la necesidad, ya del agrado. En las sinécdoques y metonimias se usa, en vez de la palabra propia, otra que significa lo mismo, y que se toma de algo consiguiente. Lo cual, aunque sea traslación, es traslación de diverso género, vg, cuando dice Ennio: «dejas huérfana la ciudad y el alcázar,» donde el alcázar está tomado por la patria, ó cuando escribe «la horrible Africa se estremece con feroz tumulto:» aquí se toma el Africa por los Africanos.

A esta figura llaman los retóricos hypálage, porque en ella se sustituyen unas palabras á otras. Los gramáticos la apellidan metonimia, porque es una traslación de nombres.

Aristóteles incluye en la traslación la figura llamada catacrésis, que consiste en usar de palabras semejantes, vg, *menudo* por *pequeño*, ya por elegancia, ya por

necesidad y conveniencia. Cuando hay muchas traslaciones seguidas, resulta lo que los Griegos llaman *alegoría*, aunque quizá fuera mejor llamarlas á todas *traslaciones*. Galileo hace grande uso de ellas, y son muy agradables.

En el mismo estilo severo y templado, aunque elegante, cabe mucho esplendor de palabras y de sentencias, largas y eruditas controversias, y lugares comunes, siempre que no degeneren en disputa. ¿Qué mucho que así suceda, si este modo de decir salió de las escuelas de los filósofos? Hay tambien un estilo brillante, florido y variado, en que se unen todos los primores de palabra y sentencia. Este género pasó de los sofistas al foro, pero rechazado igualmente por los escritores de estilo sencillo y por los de estilo grave, vino á quedar en esta medianía de que ahora hablamos.

El tercer estilo es ámplio, copioso, grave, elegante y de poder extraordinario. Esta es la elocuencia que ha asombrado á las naciones y ha sido reina y señora de las ciudades, esta, la de grande, potente y arrebatado curso, esta, la que todos contemplan, la que todos admiran y desconfían de poder alcanzar, la que conmueve los ánimos, la que los temple, la que arranca las viejas opiniones y persuade las nuevas.

Hay mucha diferencia entre este género y los anteriores. El que ha trabajado en el estilo sutil y agudo hasta conseguir la perfección, sin proponerse otra cosa, será en su línea grande orador, ya que no admirable, y no correrá peligro de resbalarse ni de caer. El orador de estilo medio y templado no temerá los peligros, escollos y dificultades de la oración, y si á veces (y esto con frecuencia sucede) no brilla tanto, por lo ménos el peligro no es grande, ni puede caer de mucha altura. Pero este nuestro orador, grave, acre y ardiente, si para esto sólo ha nacido, si sólo en esto se ha ejercitado, sin templar la riqueza de su estilo con los otros dos géneros, será muy digno de despre-

cio Al orador de estilo sencillo bástale para ser declarado bueno el decir con agudeza y tersura, al de estilo medio, bástale la elegancia, el de estilo copioso, si no tiene buen gusto, parecerá un loco ó delirante. El que nada puede decir con tranquilidad y reposo, con claridad, distincion y órden, por más que la causa ó algunas de sus partes lo exijan, el que se proponga inflamar á los oyentes cuando los oídos de éstos no se hallan preparados, ha de parecer necesariamente un loco entre sanos, ó un beodo entre sobrios. Ya hemos alcanzado, Bruto, lo que buscábamos, pero sólo lo hemos alcanzado con el entendimiento. Porque si yo pudiera asir con la mano á este orador perfecto, ni él mismo con toda su elocuencia podría persuadirme á que le soltara.

Digo que hemos encontrado al varon elocuente que nunca logró ver Antonio. ¿Y dónde está esa maravilla? Lo diré en pocas palabras, para declararlo luégo más extensamente. Es elocuente el que puede decir con agudeza las cosas humildes, con riqueza y esplendidez las de más alta importancia, y en estilo templado las medianas.

Dirás que nunca ha existido semejante orador. Sea en hora buena, pero yo disputo, no de lo que he visto, sino de lo que deseo ver, y vuelvo á aquella idea y forma de Platon, que no se contempla con los ojos sino con el entendimiento. No busco nada mortal y caduco, sino aquello cuya posesion hace al hombre elocuente, es decir, la elocuencia misma, que sólo podemos ver con los ojos del alma.

Toda mi defensa de Cecina versó sobré las palabras del interdicho: tuve que explicar y definir las cosas embrolladas, hacer el elogio del derecho civil, distinguir las palabras ambiguas. En la ley Manilia, elogié á Pompeyo, y tuve que usar un estilo rico y elegante, aunque templado. En la causa de Rabirio iba envuelto el derecho de majestad; por eso recurrí á todo linaje de encendida amplificacion.

Pero todo esto á las veces hay que temparlo y variararlo ¿De qué estilo no se halla alguna muestra en mis siete libros de acusacion contra Véltres, ó en la defensa de Avito, ó en la de Cornelio, ó en muchas otras de las mias, de las cuales podria entresacar ejemplos, si no creyera que son bastante conocidos ó que puede elegirlos el que quiera? No hay género, estilo ó primer oratorio del cual en mis oraciones no se vea algun conato y sombra, ya que la perfeccion nunca Pero aunque no la consigamos, bástanos tener la idea de ella, y tan léjos estoy de admirar las cosas mias, que soy tan difícil de contentar, que ni el mismo Demóstenes me satisface, y por más que en todo estilo lleve la palma á todos, no siempre llena mis oidos tan ávidos y capaces son, que siempre desean algo inmenso é infinito

Pero ya que tú conoces perfectamente á este orador, y no le sueltas de la mano, desde que en Aténas, y bajo la enseñanza de Pammeno, tan apasionado tuyo, te dedicaste á su estudio, y como lees además con frecuencia nuestros escritos, has podido ver que él llevó á la perfeccion muchas cosas, y que yo he intentado muchas, que él pudo, y yo he querido, hablar siempre del modo más acomodado á la causa. Él fué grande orador por que sucedió á oradores grandes, y lo fueron tambien sus contemporáneos Yo no pude llegar á esa perfeccion por haber nacido en una ciudad donde, como escribe Antonio, nunca se habia oido á ningun varon elocuente Y si á Antonio no le pareció elocuente Craso, ni él mismo se tuvo por tal, verosímil cosa es que tampoco se lo hubieran parecido nunca Sulpicio, Cota y Hortensio

Nunca usó del estilo ámplio Cota, nunca del templado Sulpicio, pocas veces del grave Hortensio Los dos anteriores, es decir, Craso y Antonio, se acomodaron mejor á todo estilo Encontré, pues, los oidos de esta ciudad no avezados á este modo de decir múltiple y variado, y yo

fui el primero que, en cuanto estuvo en mi poder, desperté increíble afición á decir y á oír este linaje de discursos

¿Qué clamores no excitó aquella mi declamacion juvenil sobre el suplicio de los parricidas! Y, sin embargo, mirándola despacio, conocí luégo que no tenía bastante calor «¿Qué cosa hay tan comun como el espíritu á los vivos, la tierra á los muertos, el mar á los náufragos, la costa á los que arroja la tormenta? Pero los parricidas de tal manera viven, que no pueden respirar, de tal manera mueren, que no cubre la tierra sus huesos, de tal modo son agitados por las olas, que nunca se ahogan, y, finalmente, cuando son arrojados á la costa y se estrellan en los peñascos, ni siquiera despues de muertos encuentran reposo » Todo esto es como de un jóven, y si merece elogio, no es por la madurez, sino por la esperanza Del mismo género es aquella frase, ya más madura «Mujer de su yerno, madreastia de su hijo, corruptora de su hija » No siempre tenía yo, el mismo ardor, ni decia de igual modo todas las cosas La misma defensa de Roscio, con ser juvenil y redundante, tiene muchas cosas de estilo templado, y áun alegre, y lo mismo la de Avito, la de Cornelio y muchas otras, porque no ha habido ningun orador, áun entre los Griegos, tan ocioso que haya escrito más que yo ni con más variedad de estilos

¿Habia de conceder yo á Homero, á Ennio y á los demas poetas, sobre todo á los trágicos, el variar á cada paso de tono y acercarse á veces á la conversacion familiar, y no habia de apartarme yo alguna vez del tono acre de la disputa? ¿Pero á qué recurrir á los poetas de divino ingenio? Basta fijarnos en los más consumados histriones, que no sólo agradan en diversos papeles, sino á veces el cómico en la tragedia y el trágico en la comedia ¿No he de trabajar yo en lo mismo? Y cuando digo yo, entiendo hablar así mismo de tí, Bruto, porque yo ya di todo el fruto que podia esperarse Pero tú, ¿defenderás del mismo modo to-

das las causas, ó rechazarás algun género de ellas, ó conservarás sin intermision el mismo aliento en toda el discurso? Demóstenes mismo, cuya estatua de bronce vi hace poco en tu casa del Tusculano al lado de las de tus mayores, prueba insigne de lo mucho que le admiras, nunca cedió en sutileza á Lisias, ni en lo agudo á Hipérides, ni en dulzura ó en esplendor de palabras á Lísias Hay muchas oraciones tuyas de templada elegancia, vg , la que pronunció contra Leptines, muchas de estilo grave, como las Filípicas, y otras de estilo vário, como la de la Falsa Legacion ó la de la Corona contra Esquines Cuando quiere, pasa rápida y fácilmente al estilo medio desde el grave, pero con este solo arranca los aplausos y logra el triunfo más alto de la elocuencia

Pero dejemos esto, ya que hablamos del género y no del hombre, y expliquemos la índole y poder de la elocuencia Y no olvidemos nunca lo que ántes dijimos que no vamos á hablar como preceptores y maestros, sino como oyentes y críticos Y en esto me extenderé más, porque conozco que no has de ser tú, que conoces estas cosas mejor que yo que pretendo enseñarlas, el único lector de este libro, sino que con la recomendacion y patrocinio de tu nombre, es necesario que corra y se divulgue

El ser perfecto orador consiste, no sólo en tener las facultades propias del bien decir, sino tambien la ciencia de los dialécticos, que es vecina y hermana del arte oratorio. Aunque una cosa parezca la oracion y otra la disputa, y no sea lo mismo *hablar* que *decir*, sin embargo, una y otra cosa estiban en el razonamiento Pertenezca en buen hora á los dialécticos el arte de la disputa, pertenezca á los oradores el de bien decir y adornar Cenon, maestro de los estoicos, solia indicar con la mano la diferencia entre estas artes Cuando apretaba los dedos y cerraba el puño, daba á entender la dialéctica Y comparaba la elocuencia con la palma de la mano abierta y extendida Y án-

tes que él, Aristóteles, al principio de su Retórica, dice que esta arte corresponde en su mayor parte á la dialéctica, pero con esta diferencia: en la primera, es el arte de decir más extenso, y en la segunda, es el de hablar más recogido. Quiero, pues, que el orador perfecto conozca de la dialéctica todo lo que pueda adornarse con las galas del bien decir. A tí, que eres tan erudito en estas disciplinas, no se te ocultará que para esto hay dos caminos. Porque el mismo Aristóteles dió muchos preceptos, y después los llamados dialécticos los dieron mucho más espinosos y difíciles. Creo que quien aspire al lauro de la elocuencia no debe ser enteramente rudo é ignorante de estas cosas, sino que educado en la antigua doctrina ó en la nueva de Crisipo, ha de conocer primero el valor, naturaleza y género de las palabras, lo mismo simples que compuestas, y ha de saber de cuántas maneras puede decirse una cosa, y cómo se distingue lo verdadero de lo falso, cuáles son las relaciones de causa y efecto, de consecuencia y contradicción, y cómo se ha de dividir y explicar cada una de las cosas ambiguas. Todo esto debe observarlo el orador, porque á cada paso ocurre, pero él tiene que añadir, además, el esplendor y brillantez del estilo.

Y como en todo lo que depende del razonamiento debe empezarse por definir la materia de que se trata, porque si no están de acuerdo los que disputan sobre el valor de la cosa controvertida, nunca puede llegarse á un resultado, es necesario las más de las veces explicar y definir la cosa tal como la entendemos, porque la definición es un modo de decir que muestra brevísimamente lo que es aquello de que se trata.

Explicado el género, hay que ver sus especies ó partes y dividir en ellas el discurso.

El elocuente orador, cuya idea vamos trazando, sabrá, definir, y no seca y brevemente, como suele hacerse en las disputas filosóficas, sino con más amplitud y riqueza y de

un modo más acomodado al juicio comun y la inteligencia popular. Cuando el asunto lo pida, dividirá el género en especies, de tal modo que no sobre ni falte ninguna: cuándo y cómo ha de hacerlo, no me corresponde enseñarlo; ya dije que quiero ser juez y no maestro.

Y no solo quiero que esté instruido en la dialéctica, sino que conozca todas las partes de la filosofía. Porque sin esta ciencia, nada de lo que pertenece á la religion, á la muerte, á la sociedad, al amor de la patria, á las virtudes ó á los vicios, á las obligaciones, al dolor, al deleite, á las pasiones y afectos del alma, puede tratarse con majestad, amplitud y riqueza.

De la materia del discurso hablo ahora, no del estilo y modo de decir. Quiero que el orador tenga un asunto digno de los oídos eruditos, ántes que piense qué palabras ha de usar y cómo. Cuanto más grande sea el orador y más se acerque á la perfección (como ántes dije de Pericles), más le exigiré que no ignore nada, ni siquiera la ciencia de los físicos. Así, cuando descienda de las cosas celestiales á las humanas, lo dirá y sentirá todo con más grandeza y magnificencia. Y si conociere lo divino, tampoco debe ignorar lo humano. Aprenda el derecho civil, que cada día se necesita en las causas forenses. ¿Pues qué cosa hay más torpe que encargarse de controversias legales y civiles, cuando se ignoran las leyes y el derecho civil? Conozca además la historia, sobre todo la de nuestra ciudad y la de los imperios más poderosos y reyes más ilustres, cuyo trabajo nos facilitó nuestro Ático, recogiendo en un libro las Memorias de setecientos años, con indicación precisa de los tiempos, sin omitir nada señalado. El ignorar lo que sucedió ántes de nacer nosotros, es como ser siempre niños. ¿Qué es la edad humana si por la memoria de las cosas antiguas no se enlaza con las edades anteriores? El recuerdo de los hechos de la antigüedad añade, á la vez que sumo deleite, mucho crédito y autoridad al discurso.